

Un asunto de identidad

José Bengoa

a Guillermo Bonfil Batalla

Al fin de cuentas, la verdad de la cual huyen es que el hombre no tiene derechos sobre el mundo, que está arrojado a una aventura cuyo término feliz no está garantizado, que el acuerdo de los espíritus y las voluntades no está asegurado en principio.

Maurice Merleau-Ponty

El asunto que nos ocupa es la identidad. Es, sin duda, una cuestión recurrente. Se vuelve angustiante cuando estamos a las puertas de cumplir años. Los cumpleaños marcan la vida de los hombres. A los cuarenta casi todos los varones de clase media, a lo menos, se miran a sí mismos y se preguntan por lo que son. Algunos se sienten satisfechos, otros se deprimen para siempre, algunos pocos se asumen. Los 500 años de "América-en-la-historia-de-Occidente", nos llevan a preguntas semejantes: la identidad.

¿Son legítimas estas preguntas? Hoy día no es obvio para nadie preguntar por la identidad. Es como la depresión. Salvo los psiquiatras, nadie la estudia ni se preocupa de ella hasta que no le ocurre en carne y psiquis propia. Pasa con los países, con los continentes. Más aún en Chile. El exitismo irresponsable de la modernización compulsiva o, como se dice, modernidad, recorre las pantallas de la televisión, casi único vehículo de proponer alguna gimnasia a las neuronas de los poco cuestionados nacionales. El exitismo reduce la identidad al propio éxito, a la competencia. Como el jugador de naipes, se es ganador en potencia y la identidad reside en el riesgo. La identidad actual de los chilenos no está en ellos mismos, en lo que han sido o son, sino en lo que podrían ingenuamente ser. Por ello sueñan con hacer pedazos los mercados ajenos, mezclando lenguajes economicistas con militaristas; con salir de la miseria en cinco o diez años, como si no se hubiera criticado nunca a W. W. Rostow; con ganar

la Copa América, a pesar de todo, y ser exitosos, a pesar de los otros. Da terror observar en las pantallas, diarios y sobre todo revistas de moda (o de nada), el ingenuo exitismo que autoidentifica a una capa social multiforme, de ex ideologías contrapuestas, dirigencial sin capacidad crítica, sin capacidad ni voluntad de encender luces rojas, de ubicarse en la historia, en la geografía, en la vida misma. La depresión de quien no ha tenido nunca problemas, de quien no se dio cuenta de ellos, más bien, es mucho más terrible que la de quien consideró permanentemente las inevitables dificultades de vivir.

Los países, como la gente, sin autoconciencia, no contribuyen al bien de la humanidad, ni hacen historia; son fatuos y, como en la bíblica Sodoma y Gomorra, no se encuentran entre ellos ni diez sabios y justos, por lo que son barridos apocalípticamente.

En estos días de crisis de las utopías, el asunto de la identidad, definitivamente, no está de moda. La búsqueda de la identidad tiene que ver con la necesaria proyección personal hacia alguna parte, con la explicitación de algún deseo, con la elaboración de un proyecto. A lo menos algún proyecto. La autoidentidad es siempre una afirmación no para estancarse en el propio placer hedonista o masoquista, sino un punto de partida para superar situaciones y plantearse una perspectiva. Esto es válido desde el "conócete a ti mismo" de los griegos.

Hoy en día no se discuten las perspectivas. Hay un cierto consenso internacional acerca de los futuros, sobre todo después de la caída del muro de Berlín. Ese futuro estaría construido en torno a una cierta idea de libertad cercana al libre desplazamiento geográfico de las personas, a una cierta idea del individuo como sujeto inalienable. Llega a su culminación, como diría Fukuyama, la apuesta iluminista de la Revolución Francesa. Pero llega en sus aspectos más perversos. La igualdad aparece deformada en su pura y exclusiva formalidad; la libertad, como consumo, como capacidad de elegir entre los objetos dados del mercado; la soberanía del pueblo, como sistema de manipulaciones estudiado por el marketing.

Fuera de esta *identidad universalizada*, expandida hasta los últimos rincones por los media satelizados, parecieran no existir otros espacios. ¿Es posible, por tanto, pensar América Latina, o es una preocupación del pasado? Las élites actuales nos ofrecen ser parte de esta identidad planetaria, pero corremos el riesgo de ser un occidente de segunda clase. La gran ensoñación de las clases medias de estos países es tener los mismos valores y aspiraciones de los norteamericanos, de los europeos; consumir los mismos objetos y sufrir de los mismos problemas: stress, smog, y otras palabras en los idiomas que primero conocieron el problema. Son conscientes de esas voliciones colectivas y, al mismo tiempo, de la imposibilidad de satisfacerlas. Es entonces que el observador se pregunta: ¿vale la pena esta disolución de la propia identidad?

Los 500 años, los de Colón, que nos podrían hacer pensar, se están pasando entre celebraciones tan absurdas como pretender llevar un témpano de hielo desde la Antártida chilena a la calurosa y mediterránea Sevilla (para demostrar a esos europeos que aquí también pasamos frío y no somos de país caliente), y recriminaciones históricas, por lo general entre sordos. Repensar la identidad quizás sea poco oportuno, pero nos parece necesario.

Y lo último, pero —como dicen los ingleses— no lo menos importante, la modernidad es una

ilusión. Es una ideología en el sentido más perverso del término; por un lado, "idea fuerza", esto es, conjunto ambiguo de proposiciones que permiten actuar; y por otro, "falsa conciencia" de la realidad. La ideología es falsa, pero permite actuar. Es lo que la diferencia de la mentira. Uno, nadie, puede trabajar sobre la mentira. Pero la ideología es útil, es sumamente útil, práctica, eficiente, pegada a la conciencia práctica. Los publicistas de estos tiempos trabajan sobre la ideología de la modernidad. La han fetichizado. Han descubierto "el deseo insatisfecho que anida en todos los estómagos". Se dirigen a las partes bajas del hombre, como diría algún filósofo ascético del medioevo. La modernidad no es un dato sociológico, no existe en la sociedad nuestra, aunque algunos pocos la puedan disfrutar, y a unos cuantos les dá stress y otros síntomas de lo que supuestamente —¿quién sabe?— es esto de "lo moderno". Si lo moderno es tener ciertas cosas (modernas), la mayoría no cumple el requisito, y así podemos seguir. El país, mirado desde la base real de su sociedad, es mayoritariamente premoderno, tradicional, tercermundista, atrasado, y todos esos epítetos que para los modernos son como una suerte de groserías provocadoras.

La modernidad es como lo sagrado. Nadie lo puede definir, pero todos lo adoran. Conduce a los peores excesos de los humanos; se es moderno, por ejemplo, si se corre frecuentemente todo el día, no se duerme siesta, se revienta en veinte ocupaciones por minuto, se va al psiquiatra, se demora dos horas en un tacho automovilístico al volver de la oficina y los fines de semana se sigue entre atochamientos pasándolo modernamente bien donde se supone que se debe pasar bien. Es conocido el asunto: la modernidad no existe, porque nunca se alcanza. Es por ello mismo una *identidad maldita*. Se puede pelear por ella toda la vida, y reventar en el intento.

La definición de lo moderno se encuentra allí, y es por eso que está condenada a la crisis permanente. Es una *identidad vacía*. Autoidentificarse como moderno es un contrasentido que lleva al vacío. Al vacío personal que termina rápidamente en el aislamiento psicótico, o el vacío generacional que debe institucionalizar la huida,

droga mediante, a los diferentes tipos de vacíos colectivos que conducen a votar para Presidente de la República por el conductor de un programa de televisión en La Paz o en Lima, o por un cómico en Caracas o un cocodrilo en San Pablo. Es por eso que la modernidad actual va a llenar el vacío con definiciones menores, parciales, a veces absurdas, no las menos veces fanáticas, desobjetivizadas, apeladoras de valores subalternos. La ausencia de identidad por causa de la modernidad maldita que estamos criticando, conlleva a la identidad por simple oposición. ¿Qué soy si todos corremos en pos del mismo fantasma? El color de la piel, el lenguaje, las ideas sobre Dios, cuando no el fútbol. Las excrescencias del pensamiento marginal van a identificar a las gentes. Vamos a afiorar las épocas de las grandes peregrinaciones a Santiago de Compostela y las Cruzadas de San Luis Rey de Francia, en que los hombres creían ingenuamente ser una comunidad de creyentes en un Dios que los miraba y los acompañaba.

LA IDENTIDAD PROFUNDA

Guillermo Bonfil Batalla, recientemente fallecido, enfrentó en su ensayo *México profundo*. Una civilización negada (México: Grijalbo, 1990, 3ª edición), el tema de "lo indio" y cómo se expresa y ha expresado en México. De acuerdo a su tesis, en México lo indio tiene una presencia multiforme que no puede reducirse a los grupos étnicamente llamados indígenas, y que "se expresa de diversas maneras en otros ámbitos mayoritarios de la sociedad". Son estos ámbitos los que el autor denomina el "México profundo".

El reconocimiento de un México profundo, esto es, de expresiones de lo indígena en casi todos los ámbitos de la sociedad mexicana, lleva a postular "la coexistencia de dos civilizaciones, la mesoamericana y la occidental" (p. 9); y esto es importante, dice, "porque dos civilizaciones significan dos proyectos civilizatorios, dos modelos ideales de sociedad a la que se aspira, dos futuros posibles diferentes".

No contento con esta afirmación, sin duda fuerte, reitera que "la historia reciente de México,

la de los últimos 500 años, es la historia del enfrentamiento permanente entre quienes pretenden encauzar al país en el proyecto de la civilización occidental y quienes resisten arraigados en formas de vida de estirpe mesoamericana" (p. 10).

El *México imaginario* sería el de quienes aspiran a un México parte de la civilización occidental, el de quienes niegan el México profundo y buscan —en el imaginario— ser como los occidentales. Para el autor, este proyecto ha negado el México mesoamericano: sus portadores se han enfrentado a él, lo han asumido en la dominación, pero no lo han convencido.

El México profundo resiste. La resistencia multiforme "no es un mundo pasivo, estático, sino que vive en tensión permanente"; "los pueblos del México profundo crean y recrean continuamente su cultura". En la concepción de Bonfil no caben conceptos fixistas como el de aculturación, que supone la existencia de una determinada cultura que es influenciada, transculturada y pervertida permanentemente, hasta desaparecer en su originalidad primaria. "Los pueblos del México profundo hacen suyos elementos culturales ajenos para ponerlos a su servicio, . . . callan o se rebelan según una estrategia afinada por siglos de resistencia".

No es necesario continuar con el desarrollo de esta tesis. Quien se interese, deberá adentrarse en la lectura del libro. Me interesa reflexionar sobre lo aquí dicho.

LA IDENTIDAD NEGADA

Los 500 años del arribo europeo a las islas del Caribe obviamente nos conducen a preguntarnos por la propia identidad. La identidad mexicana, latinoamericana, chilena; en fin, lo que son o somos estas sociedades a fines del siglo XX. No cabe duda de que las respuestas diferentes conducen a apuestas políticas y estrategias diferentes.

Hace unos años, en Chile alguien aventuró la tesis "Adiós, América Latina". Se encontraba el país en un contexto de crecimiento económico sostenido, autosatisfacción de las autoridades,

empresarios y yuppies, confianza ilimitada e irreflexiva en la modernización africana. América Latina les recordaba el "Chile profundo", "todo aquello que no queremos ser", lo que un grupo – minoritario, sin duda – del país, no quiere ser.

El imaginario conducía y conduce a la búsqueda neurótica de la modernidad. La gran revolución que se ofrecía y ofrece al país a fines del siglo XX, es la modernización.

¿Qué hay tras esta palabra mágica? Es muy difícil objetivarla. No es, por ejemplo, modernizar las relaciones familiares, esto es, cambiar las relaciones entre hombres y mujeres, dejar de tener empleada doméstica o cosas por el estilo. No es tampoco "modernizar el sistema de oportunidades de la sociedad", en que cada uno vale por lo que es, por lo que sabe, y se acabaron los apellidos, los colegios, las escuelas universitarias, los contactos familiares y el sistema aristocratizante de esta sociedad. O sea, cuando se habla de "modernizar", a lo menos en este país, no se está hablando de "modernizar".

Pero la palabra sigue teniendo una fuerza irresistible. Queremos modernizarnos, dicen en la derecha, el centro y la izquierda, y ello sólo parece apuntar a un imaginario ligado al consumo, a una transnacionalización banal de los valores y de un cierto sentido común exportado por Estados Unidos a América Latina desde Miami.

América Latina no es moderna, eso está claro. No lo es por pobre, por marginal, pero sobre todo por no poseer el "tiempo de la modernidad".

La definición de la modernidad, hemos llegado a pensar, se reduce a un problema de "tiempo", de ritmo, de cómo se mide el tiempo cronológico. Lo tradicional se opone a lo moderno y consiste básicamente en tener una cierta pachorra diferente a ese cierto aire de stress que es lo propio de lo moderno. Un amigo que vive fuera de Chile comentaba recientemente el culto que el "chileno moderno" tiene de la "agenda". Un moderno no tiene tiempo libre, lo tiene siempre milimetrado: viernes en la noche, tipo 9, dentro de dos semanas, ahí practicamos la amistad.

El "tiempo latinoamericano" podría ser – no es más que una hipótesis – el núcleo de nuestra cultura. ¿Qué otra cosa expresa un García

Márquez, o tantos escritores que lo han dicho sin decirlo? Nuestra cultura se expresa en la capacidad de vivir el tiempo de nuestras vidas con un cierto ritmo. Esa es la influencia de nuestras calenturiantes o frías tierras, de nuestros depósitos indios y sedimentos negroides, de los ancestros andaluces, sobre todo, con raíces moras, para que no te olvides, un poco de Quijotes, planicies castellanas y mezclas inimaginables. Ese tiempo es el de la sociabilidad, del reírse, del dominicano Guerra cantándole al mundo que se le sube la bilirrubina.

Despedirse de América Latina era una condición de entrada en la modernidad. Cuando lo dijo quien lo dijo, muchos saltaron horrorizados. La tesis era grosera, casi como decir no soy chileno. Los días y meses y años han ido mostrando que había mucha gente que estaba de acuerdo. Nadie, casi nadie, hoy día se atreve a plantearse contra la modernidad mistificada. Quizás la excepción ha sido el Presidente en estos últimos días.

El esquema analítico de Bonfil Batalla opera con agudeza frente a esta realidad: la modernidad imaginaria del Chile imaginario. Un sector minoritario quizá realmente se ha transnacionalizado, usa el teléfono celular, viaja a Nueva York por el día, va al psiquiatra, tiene dinero, tarjeta de crédito, y descansa donde dicen las revistas que hay que hacerlo. Podría pensarse que allí reside una base real de modernización. Sistema financiero asentado en la explotación inmisericorde de los recursos naturales, muchos de ellos – como los bosques y el mar – de difícil renovación. ¿Dónde están las bases productivas, tecnológicas, científicas, de la modernización? Un sector vive como si existieran. El resto no tiene siquiera esa base real: sigue comiendo porotos, cuando puede, como los abuelos; tiene dificultades para llegar con el sueldo a fin de mes y sus aspiraciones son más confusas y tradicionales.

Habría que decir que esa mayoría "premoderna", y "desagradecida", rechazó en 1989 esa modernidad, por los estragos que le estaba causando el modelo de economía libre y de mercado que lo sometía a sus rigores. Los ilusionaba y no les otorgaba satisfacciones. El "NO" plebiscitario apeló al tradicional "tiempo" chileno, de cuando nos queríamos los unos a los otros como

hijos de un suelo más o menos común; en fin, de cuando teníamos identidad común formada por los múltiples sedimentos de la convivencia. Ya veremos si esa identidad existió o es exclusivamente el contraimaginario popular.

LA IDENTIDAD NOSTALGICA

Hace unos años atrás, Pedro Morandé levantó una tesis sin duda alternativa a la anterior y, de no dudarlo, de las más sugerentes que se han planteado en nuestro irreflexivo medio.

En breve, señalaba –y lo ha reiterado en artículos y entrevistas– que América Latina se constituyó en el encuentro fecundo de lo indio y lo español. Esa síntesis ocurrió en el contexto del barroco del siglo XVI y XVII, y tuvo como principales actores al pueblo indio y mestizo y la religión católica. América Latina se define culturalmente en la catolicidad. Es una tesis que, en cierto modo, levantó Paz en México, y es parcialmente lo que quiso ser el ideario jesuita en América, que ha asumido con entusiasmo la Iglesia desde diversos prismas ideológicos: no es demasiado diferente la apuesta del CELAM para los 500 años, un poco triunfalista y evangelizadora, respecto a la que sostienen los teólogos de la Liberación, que ven en el catolicismo popular el núcleo de la fuerza liberadora del continente.

El Papa, al visitar Chile, arriesgó una definición rotunda: *Chile es un país católico*. Al afirmar la catolicidad del país, pudo exigir la reconciliación, la que sólo es posible entre quienes profesan una misma fe y acogen a la misma madre, la Iglesia.

Esta tesis reproduce, cinco siglos después, los dichos de los franciscanos venidos a América, santos varones para quienes la aparición de este continente entre el Puerto de Palos y las Indias –las de verdad– fue una bendición de Dios. Frente a la apostasía de los reformadores que le habían robado a la Iglesia la mitad de Europa, el Señor les entregaba millones de indígenas para ser evangelizados. Es por ello que, en un acto mágico que preludia lo real maravilloso de Carpentier o lo garcía-marqueano, viajaron a México doce frailes,

cual los doce apóstoles que después de Pentecostés se reparten por el mundo. Uno de ellos, si no me equivoco, era el gran fraile Fray Toribio, llamado Motolinía por ser pobre de solemnidad. Este fraile batió todos los récords de bautizos por día –tanto que se le cansaba la mano de tanto derramar el agua, según afirman sus hagiógrafos– y, por tanto, de salvar ánimas.

Esta "Conquista Espiritual" de América Latina estableció la identidad del continente en el ámbito de la cultura. A nivel cultural se definió lo que somos: latinoamericanos. Esto sería: en los pies, por abajo, mestizos; y por arriba, en la mente, en lo que se piensa que suele ser lo que importa, la catolicidad. La moral es católica, la familia es católica, la sociedad también lo es. Ahí estaría lo propio. Así como el bautismo de Motolinía, el continente fue sacramental y de ese signo surgió su identidad, su sello propio. Se le dio a lo indio la cultura cristiana.

La evangelización, que llegó a confundirse con la cultura, consistiría en el ritual de poner al día el signo inicial. La ritualidad es la expresión de la propia identidad. Por eso no preocupa que el catolicismo sea ritual, mariano, de grandes fiestas, de actos sacramentales.

La economía no fue necesariamente bautizada. Ahí está la falla y el error. En un artículo sobre la hacienda en América Latina, Morandé la describe como la síntesis católica en la organización del trabajo; la utopía jesuita, podríamos agregar: someter a los indios a través del "dulce jugo de la religión", formar la comunidad religiosa como prolongación de la familia y la comunidad natural. No he escuchado que se postule –al estilo japonés– un tipo de organización de trabajo propio de América Latina que prolongue el esquema de la "hacienda jesuita", una suerte de hacienda moderna, a nivel urbano, industrial, rural, minero, en que el empresario, como padre de una gran familia, se comprometiese solidariamente con sus obreros-hijos. Ese ideario católico conservador fue ensayado a comienzos de siglo por numerosos predicadores católicos, pero no prendió, ya que la experiencia de la hacienda católica agraria era demasiado evidente: allí no existía la solidaridad, sino el servilismo.

Al no existir proyección económica de la tesis de la fusión católica, la limitación práctica se hace evidente. La tesis queda condenada al conservadurismo nostálgico. Los católicos, en su vida práctica, se van por el camino de la modernidad diciéndole "adiós a América Latina". El resto de "los católicos realmente existentes" van a la Virgen de Lo Vásquez en peregrinación anual, y deben soportar la modernidad y sus consecuencias...

LA IDENTIDAD CONTRADICTORIA

¿Acaso en Chile no podríamos decir, con Bonfil Batalla, que la historia reciente también ha sido la contradicción entre quienes han pretendido encauzar el país en su pura vertiente imaginaria y quienes han resistido a ello? ¿No podríamos afirmar acaso que entre el Chile imaginario y el Chile profundo hay una cierta contradicción? Al escribir estas preguntas, uno se detiene pensando que es casi idiota afirmarlo. A quién le podría caber duda. Sin embargo, lo que uno escucha en este invierno chileno del 91, pareciera no ser tan evidente. La sociedad opinante tiene certezas que, aun cuando se han instalado hace pocos años, parecieran eternas.

Los evolucionistas liberales del siglo pasado vieron en lo indio lo primitivo. De Europa venía la civilización. Barros Arana veía con espanto el ancestro indígena. Encina lo asimilaba a un desarrollo cerebral estrecho, y así suma y sigue...

Los arquitectos de la pituquería han hecho barrios londinenses, parisinos, holliwoodenses, miamienses y últimamente, tratando de aparecer modernos, los han hecho feos. De una cierta clase media para arriba, se imita.

A los extranjeros que han llegado a Chile, lo dice siempre Gabriel Salazar y creo que debe ser verdadero, tanto en el siglo pasado como en éste, no les llama la atención y les parece hasta ridícula, la pseudo internacionalización culturalista de cierta clase alta o media alta. En cambio, el pueblo les ha parecido maravilloso. Ahí han visto lo propio del país, lo atractivo, el ingenio, la inteligencia. Véase lo que dice sobre los rotos, y lo que le dice a

los plutócratas en un afamado banquete en Quillota hace más de un siglo, un norteamericano como Meiggs, el gran constructor de ferrovías y el primero quizá modernamente capitalista que llegó a estas playas.

El imaginario de una cierta élite nacional quisiera deslatinoamericanizar el país, hacerlo olvidar su ancestro indio, mestizo; su raíz radical, de raíces, de las que tienen las plantas y sirven para nutrir a los seres vivos.

El conservadurismo nostálgico se traslada a los tiempos pretéritos, al barroco, a los tiempos de la utopía de una sociedad indígena católica. Si de esta corriente no sólo surgiera un Mikio Mishima, sino también un Susuki industrial, podría tener un futuro interesante. Sería una alternativa al imaginario modernista. Al no tenerlo, se queda en la nostalgia.

Lo concreto es que no hay ni una ni otra integración, hay una contradicción. La cultura es dinámica. Cambia, se modifica, incorpora y asume aspectos de las otras culturas. Se dice que los primeros mapuches creían que los caballeros castellanos y sus caballos eran una misma cosa. Uno lo vio desmontarse, otro le perdió el respeto y otro lo desmontó, y otro aprendió a manejar el caballo. Lo usaron y lo hicieron parte de su cultura. Lo indio avanzó sobre el caballo.

Don Mario Góngora, con mucho respeto al maestro, trabajó la hipótesis del origen español de los inquilinos del Valle Central y, por ello, del pueblo chileno. Ni siquiera mestizaje, trasplante o traslado. No sólo catolicismo, sino que vinieron también los propios católicos. Pero, en sus mismos datos aparece el mestizaje, lo muestran, lo explican. ¿Qué duda cabe del mestizaje de nuestro país?

El mestizaje puede mirarse de dos lados. Por una parte, como lado indio que va perdiendo pureza y lado blanco que va ganando; y por otro, como un lado indio que resiste en medio de un contexto tensionadamente blanco. En Perú se pensó al mestizo como el cholo que viajaba de la Sierra y se instalaba en Lima o la Costa. Se creía que al bajar de los cerros se blanquiñozaba, se ocultaba y se occidentalizaba. Años han pasado, y hoy vemos cómo Lima se ha convertido en la principal ciudad india de América Latina, donde se habla

tanto quechua como castellano.

El mestizaje chileno puede ser visto también como las "pizcas" indígenas de una raza principalmente blanca, occidental, europeizada, culta, y pueden seguir los epítetos. Es lo que se ha dicho que Chile quiere mostrar en Sevilla, en la grandiosa exposición que celebrará los 500 años del grito de don Rodrigo de Triana. Chile, un país que tiene unidad racial, que está lejos de la irresponsabilidad tropical y que se asoma al veintiuno lleno de entusiasmo. Hace un siglo atrás hubo una feria parecida en Europa, y Chile presentó más o menos las mismas ideas.

Si los 500 años sirven para algo, debería ser para, a lo menos, darse cuenta de que el tema es más complejo; que detrás de todo esto existe un gran racismo en nuestra sociedad, una enorme incapacidad de autoaceptación; que el imaginario de este país, de un sector que hoy opina y domina la opinión, es occidentalista, ingenuo y suicida. Chile corre el riesgo de no ser nada; de ser un enclave ratón en el final del planeta en que no hay inflación, hay tacos y smog en las calles de Santiago, como en cualquier ciudad desarrollada, no hay -quisieran- conflictos sociales, hay exportaciones, hay stress y trabajo para psiquiatras, y donde nadie sabe de dónde viene y a dónde va, ni mucho menos qué es.

Creo por esto mismo que el reconocimiento de la realidad indígena de Chile es, entre otras cosas, necesario para recuperar el carácter latinoamericano y poder establecer algún sentido histórico a las cosas.

Lo indio nos refiere al atrás, al pasado-presente, nos apela a algo extrañamente presente. El atrás siempre permite entender el adelante. Si esta sociedad no sabe que tiene contradicciones, no va a poder superarlas y vivirá en el sueño drogado de que existe la armonía y la integración.

La sociedad chilena ha tratado a lo largo de su historia de matar lo indio. Ha sido la condición para sentirse occidental. No hubo ni hay integración: hay contradicción.

Nos gustaría poder decir, "somos la amalgama orgullosa de todas las razas y culturas que han llegado a estas playas". Lamentablemente no pasa de ser poesía. Si reconociéramos lo indio

originario, podríamos recuperar todos los depósitos que van formando la cultura, cual capas de mil hojas. Esa integración buscada en el Estadio Nacional el día que el Presidente Aylwin asumió el gobierno democrático, como ha escrito Gabriel Salazar, sólo se pudo lograr simbólicamente cubriendo a todos los actores con una bandera patria, lo que en la práctica cotidiana significa cubrir la sociedad con el Estado. La integración no se da en el terreno de la cultura, sino en la cohesión del aparato estatal que, a pesar de los pesares, es el sistema institucionalizado de cohesión. La identidad no está ajena de contradicción.

LA IDENTIDAD DESVANECIDA

La modernidad no ha sido fácil de definir. Es algo que supuestamente todo el mundo entiende, ya que se refiere a un antes en que no existía. "Todo lo sólido se desvanece en el aire" ha sido una de las definiciones más concretas de algo tan inasible. Uno pensaría que quien la pronunció fue un nostálgico de la premodernidad. Carlos Marx, su autor, es sin duda el profeta de la modernidad y su principal contradictor. En un libro magnífico (que se titula justamente con esa frase), Marshall Berman muestra que los primeros pensadores de la modernidad son también sus mayores críticos. Goethe crea el Fausto, quizás el primer hombre moderno que surge de los vericuetos religiosos del medioevo. Fausto pone en la balanza el ser y el tener.

Sólo después de que se ha instaurado en plenitud lo moderno, nos dice este autor, vienen los pensadores fascinados por la modernidad, que hacen su apología y eliminan la crítica. Es el pensamiento complaciente. Son las escuelas económicas actuales que no se cuestionan, que eliminan la crítica, que creen en el empirismo pragmático, aquél de que "si las cosas son así, es porque no son de otra manera". Es la enfermedad que recorre este período de la historia que nos ha tocado vivir: aprender a mantener el orden. Las escuelas de economía más se parecen a escuelas de conducir automóviles; los libros de economía, a cartillas de leyes del tránsito.

La modernidad que nos ataca es desvanecimiento. En Chile, lo moderno había estado construido en todo lo que va de este siglo. La sociedad posbalmacedista es marcadamente tradicional. Los intentos modernizadores del presidente liberal fueron cercenados. Imperó, como decía Edwards Vives, el tradicional "espíritu de fronda."

La crisis de la primera posguerra, que acabó con el baile del salitre, obligó a realizar algunos cambios. En las ciudades y en algunas industrias con casi cien años de atraso. Pero la modernización fue parcial. La mitad más uno de Chile quedó intacta en la más premóderna de las instituciones: *la hacienda*. La modernidad no salió a pasear más allá del antiguo "camino de cintura", creado por don Benjamín.

Sólo con la ruptura del agro se hace posible la modernización. Los aristócratas sin tierra se pueden convertir en agitados empresarios, los campesinos apatronados pueden pasar a ser misérrimos proletarios, en fin, cada cual puede rascarse con sus uñas y no con las de los antepasados. Todo comienza a disolverse en el aire. Ya no hay más lo de aquí y lo de allá, lo propio de nuestras instituciones, lo real a que estábamos acostumbrados. Llegó la era de lo moderno, de lo nuevo, de lo inasible; de la felicidad envuelta en una cajetilla de Viceroy.

La vieja sociabilidad campesina que se había convertido en el núcleo de "lo chileno", se desvaneció en el aire. Antes del setenta casi no había restaurantes en las ciudades, la gente invitaba a su casa. Los extranjeros se deshacían en elogios de la hospitalidad chilena. El mundo rural no se había disuelto aún; recordemos que en Santiago se durmió siesta hasta 1965, y cuando se inventó la execrable "jornada única", editoriales en los periódicos anunciaron que se estaba matando el alma nacional. Hasta mi generación, íbamos a clase en la mañana, almorzábamos en la casa con los papás y volvíamos al colegio en la tarde. Esquema hoy día añorado y que se mantiene sólo en alguna provincia premóderna.

Eso pareciera que es la modernidad: un deshacerse de valores, instituciones, y no ser reemplazados. La apertura al exterior es inevitable, qué duda cabe. Vemos los canales de TV de otros

países y da absolutamente lo mismo un accidente de automóvil en la carretera a Zaragoza que otro ocurrido en San Felipe o Los Andes. La muerte, también, se desvaneció en el aire.

Puede que sea así, y que no exista la forma de hacer nada de otra manera. Puede. Pero a lo menos se debe decirlo directamente a la gente, a los jóvenes, a la sufrida población. Habrá que decirles: "Señores, ustedes quieren ser modernos; pues bien, se joderán. Y doblemente, porque por un lado perderán todo o casi todo lo que tenían y, por el otro, no lo lograrán. Pues cuando ustedes crean que ya son modernos, perdón, los modernos lo serán mucho más".

LA IDENTIDAD RECUPERADA

Se desvaneció el mundo solidario de las casas viejas de las familias "achocolnadas" (de "cholo" o mazorca de maíz) de nuestro país. La sociabilidad es la base de la cultura, y esa cambió. El tránsito fue con mano de hierro. Fueron dieciocho años casi ininterrumpidos de toque de queda (para quien ya olvidó), de terrores cotidianos en todos los sectores, como lo comprobó tan claramente en su investigación Patricia Politzer (*El miedo en Chile*). Las casas abiertas de nuestros abuelos y padres, se cerraron al universo nuclear de los familiares directos. La solidaridad de Condorito con su querido compadre Don Chuma, se terminó. Las uñas, se dice, sirven para rascarse, y cada uno debe hacerlo con las propias.

Los escritores han ingresado en el estudio del tiempo, el tiempo (o "tempo", para decirlo con música) que sé fue, el tiempo de la premodernidad, que era la cultura que añoramos. Con el paso de los años, capaz que descubramos que el Golpe del 73 y la dictadura fueron una ruptura profunda en la historia del país porque rompieron, fracturaron el tiempo del país. Rompieron la cotidianeidad. Es decir, provocaron una ruptura en lo más íntimo de la cultura y, por ello, de la vida. Es por eso que para muchos posiblemente existe insatisfacción con la redemocratización. Pensamos que había sido un paréntesis y que se podría volver al "tempo" de las democracias, las de antes.

Quizá como en la idea de "tiempo" de Heráclito de Efeso, debemos recordar que nadie puede bañarse dos veces en un mismo río.

No se entienda todo esto como un rechazo al progreso. Nadie quiere ser pobre, ni vivir mal. No va por el ascetismo la búsqueda de salida. Ni menos la identidad. Los llamados al "sacrificio" sólo se pueden hacer para obtener algo más después de haberse sacrificado. Y eso se mide, hoy por hoy, en forma individual.

¿Sobre qué bases entonces reconstruir la identidad perdida?

Al decir verdad, no tengo ideas muy claras.

Sé que es necesario, pero todo lo que leo o se me ocurre me suena a receta falsa. Sólo percibo borrosamente algunas cosas.

La primera es que hay tiempos y tiempos. Cuando Martín Fierro se perdía en las pampas, de noche y sin luna, decía sabiamente: "Habrà que desensillar hasta que aclare".

El año 1989 está demasiado cerca. Como todas las cosas, tiene una doble lectura. Una positiva, positivísima. El muro era un oprobio. Bernstein tocando la Novena fue un canto de libertad de toda la humanidad. El 89 marca un fin y un comienzo. Es fácil saber que no volverá pronto lo de antes, pero no es fácil percibir cuál será el campo de acción posible.

Pero es evidente también que el 89 ha producido una enorme crisis de los sentidos. "A demain, Karl", ha escrito con gran éxito Jean Ziegler, el viejo socialista suizo. Dice: "Un imperativo categórico habita este pequeño libro: un orden del mundo que estime como naturales, universales, necesarios, la riqueza rápidamente creciente de algunos y el empobrecimiento continuo de un gran número y donde las libertades fundamentales, el relativo bienestar, los derechos cívicos de las democracias industriales, son pagados con la miseria, la sangre, la explotación de anónimas multitudes de trabajadores del Tercer Mundo, es un orden inaceptable. Es preciso cambiarlo radicalmente" (Jean Ziegler, *A demain, Karl*, Editions Regine Deforges, 1991).

Puede ser que no estén los tiempos para las utopías, ni para (siquiera) transcribir la cita de más arriba, pero no cabe duda de que la ilusión

tecnocrática no durará mucho. Es evidente. No pasa de ser eso: una ilusión.

La libertad quizá deba esperar un tiempo para encontrarse con la justicia. Esa es la primera percepción.

La segunda cuestión que pareciera poder afirmarse hoy día, es que el futuro de la identidad colectiva, por lo menos a nivel de nuestra comunidad, se juega en ciertos actos cotidianos. Se me ocurren tres en medio del smog de Santiago.

El primero se refiere a la capacidad que tenga esta sociedad de salir en forma *decente* del trauma de los derechos humanos. Si sale en forma *indecente*, la sociedad que se construirá también lo será. Hay muchas formas modernas de ser indecente. Muchos nos sentimos orgullosos de este país cuando el Presidente entregó el Informe Rettig y pidió perdón a las víctimas de la represión a nombre del Estado. Parecía un camino firme. Más adelante se ensombreció con el asesinato de Jaime Guzmán. Como en *La Orestíada*, pareció que las Moiras griegas, el destino implacable, se abalanzaran sobre nuestra historia. No es fácil el asunto, quien lo duda. Es preciso exorcizar la sociedad, lo que antes y ahora se ha denominado justicia. Si no la hay, los fantasmas nos perseguirán como a través de los interminables actos de la tragedia griega.

En segundo lugar, esta identidad colectiva, pienso, se juega también en la capacidad que tenga la democracia de hacerse cargo de los pobres, y creo que en especial de los jóvenes pobres. Me parece que no hay identidad nacional y colectiva posible si unos se tiran en esquí muertos de la risa y a los otros les suenan las tripas mirándolos en la tele. En la antigua hacienda agraria que recuerdan con nostalgia los escritores modernos de este país, donde se forjaron las solidaridades básicas entre patrones e inquilinos (y sus contradicciones), los ricos no contaban tanta plata delante de los pobres.

Si no hay distribución de los ingresos, va a ser muy difícil para este país recuperar la identidad, una identidad, cualquier identidad. Nos identificará crecientemente la porquería, el grito y el palo. Año a año será necesario incrementar el presupuesto y número de policías. Habrá que poner frontera y aduana en la Plaza Italia. Se irá

desvaneciendo poco a poco esa identidad campesina, pueblerina, que aún queda en la simbología frágil de lo que nos une.

Los jóvenes que se eduquen en una sociedad escindida, no podrán tampoco reconstruir con facilidad alguna identidad. Añorarán, me temo, la identidad propuesta por los militares, el orden, la jerarquía, la patria. Al no haber identidad social, es el Estado el que autoritariamente la impone. O quizás más de algunos nostálgicos resucitarán, de en medio de un populismo atroz, la identidad perdida de los dueños de las haciendas colchaguinas. La solidaridad sensual y populista, de patrones e inquilinos, deformada por años de separaciones, que puede terminar como una mala broma de fin de siglo.

La tercera dimensión es más simple y profunda. Es el reconocer la historia. Reconocer la sedimentación. Las múltiples capas que sobre un cimiento indígena han ido dando forma a esta sociedad. Si no hacemos este reconocimiento, caemos —como diría Darcy Ribeiro— en la "nadiedad". No es por nada que reconocer al otro es el principio de la identidad.

Es un asunto de tiempo. Es reconocer los tiempos de las cosas, de los hombres, de las sociedades, de la naturaleza. Es buscar en el propio tiempo de la sociedad que vivimos, y en su respeto encontrar el desarrollo, el crecimiento, la mejoría de los niveles de vida, la adopción de "lo moderno". Ser inclusivos en las adopciones que se hacen.

Para eso es de la mayor importancia mirar la "larga duración" como decía el maestro francés. En estos 500 años, que nos han invitado a esta reflexión, hemos propuesto el reconocimiento constitucional de los Pueblos Indígenas de Chile. No vale nada. No hay que hacer evaluaciones de proyectos, ni averiguar la Tasa Interna de Retorno. Hay que reconocer: que tenemos pasado, que so-

mos complejos, que hay contradicciones, que otros piensan, hablan y rezan en forma diferente. *Es reconocer el límite. Que la homogeneidad no es una virtud, que el orden no es incompatible con la diversidad; en fin, la posibilidad de fundar una sociedad en el respeto al otro. Lo indio nos ata a la América Latina, nos impide tener como horizonte la ciudadanía mundial de segunda clase. Nos establece una cronología, un tiempo determinado. Permite saber que hemos venido llegando en múltiples aproximaciones a una tierra donde el hombre vive hace ya más de diez mil años.*

Hemos propuesto, también por eso mismo, repensar la Historia de Chile, reformular los planes de estudio de los niños y jóvenes. Partir de la sociedad, de los sujetos que la han ido formando, buscar en sus sedimentos la amalgama de identidades que forman la identidad colectiva de los hombres y mujeres que viven entre la cordillera y el mar y que los liga a todo el territorio americano. Buscar en la interioridad la cultura. No nos identifica lo otro que imaginamos o volicionamos ser. No tenemos tampoco que ser expropiados de nuestra identidad social y traspasarla al abstracto símbolo de la bandera. Es posible recuperar la identidad recuperando el sentido profundo de la historia; una sociedad de gente mayoritariamente decente, pobre pero honrada, con espíritu de libertad, que cree en la cultura y se emociona colectivamente cuando entierra a un pianista en Chillán.

A partir de una dimensión más compleja y, por ello mismo, más humana quizá podamos ir reconstruyendo la identidad que pareciera a veces hemos perdido. En definitiva, como señalamos en el epígrafe inicial, el "término feliz no está garantizado".

Santiago, julio de 1991.